

José Gregorio González



GUÍA MÁGICA DE CANARIAS

*Descubre cientos de misterios
y lugares secretos
del archipiélago canario*

Luciérnaga

José Gregorio González

GUÍA MÁGICA DE CANARIAS

*Descubre cientos de misterios
y lugares secretos
del archipiélago canario*



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© José Gregorio González

© de las fotografías: © de las fotografías: José Gregorio González, excepto p. 241: Melecio Pérez (pirámide Puerto de la Cruz) y Manuel Baez (pirámide La Orotava); p. 249: Confederación Atlántida; p. 318: Luis Javier Velasco; p. 347: ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma; p. 360: ayuntamiento de La Orotava; p. 363: ayuntamiento de La Laguna; p. 373: ayuntamiento de Tijarafe.

Diseño cubierta: Adrià Moratalla Castro

Primera edición en esta presentación: marzo de 2015

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2015

Ediciones Lucièrnaga

Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-15864-45-5

Depósito legal: B. 129-2.015

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Introducción	11
1. Un pasado mitológico	17
Las Afortunadas, Bienaventuradas y Campos Elíseos	18
Las Hespérides, el jardín astrológico	21
La visión astrológica	24
San Borondón, la isla fantasma	28
2. Entre el mito y la realidad	35
La Atlántida	35
Guanches: la raza perdida	43
Amistades peligrosas: egipcios, fenicios y vikingos	57
Las pintaderas. Los extraños sellos	75
Arqueoastronomía canaria	83
El misterio celeste de canarias	85
El secreto de las momias	105
La trepanación	114
El misterio rupestre	116
3. Misterios paganos y religiosos	125
Milagros, apariciones, templos y esoterismo	125
Virgen Negra, Virgen templaria	125
El arcón volador de la Candelaria	139
La concepción orotavense	142
Esvásticas y letras chinas en la iglesia	146

Amerindios en Pájara	149
El gran templo de los masones	151
El Jardín Victoria de La Orotava	157
Otros símbolos: San Juan de Telde, en Santa Cruz de La Palma	160
Ruta mariana	168
El extraño caso del Hermano Pedro	182
La monja incorrupta	186
El obispo Codina, otro episodio de incorruptibilidad	190
Canarios que rozaron el cielo	193
Las reliquias de Tzacorte	203
Objetos de prodigio	205
4. Pirámides en Canarias	217
Las pirámides de Güímar	217
Otras pirámides en Canarias	239
5. En busca de las luces	251
La Luz de Mafasca. Fuerteventura	252
La luz que cedió su nombre. Gran Canaria	255
De visita por El Time. La Palma	256
De Vilaflor a La Matanza. Tenerife	258
Un ensayo de explicación	259
6. Misterios por doquier. Teleplastias y criptozoología	263
Un paseo por la criptozoología canaria	263
Teleplastia en la roca. El rostro de los milagros	273

7. Siete rutas mágicas	279
Tenerife: Barranco de Badajoz	279
Gran Canaria: Bosque de Osorio	288
Fuerteventura: de Tindaya a Mafasca	293
La Gomera: de Laguna Grande a la fuente mágica de Epina	305
La Palma: la Caldera, Idufe y las Luces de la Tierra	316
El Hierro: los Santitos, el Garoé y el Julan	321
Lanzarote: volcanes, jameos y brujas	330
8. Fiestas mágicas	343
Carnavales. La otra cara de la fiesta	343
San Juan. La fiesta del fuego	351
Corpus. Las alfombras-mandalas	359
Danza de las varas. Tributo canario-catalán	361
Ramo de Arure. Evocando la abundancia	362
Fiesta de la Rama. ¿Ritual aborigen?	364
Romería del Socorro (7 de septiembre).	
Encuentro con los guanches	366
Fiesta del Charco (11 de septiembre). Más tradición	367
La Suelta del Perro Maldito (septiembre).	
Una insólita fiesta moderna	367
San Andrés (noviembre). Correr el cacharro y estrenar los vinos	368
Los animales y San Antón (17 de enero)	369
Fiestas por doquier	372
9. Bibliografía imprescindible y recursos de interés	375

1

UN PASADO MITOLÓGICO

Si queremos aproximarnos a los misterios de las islas Canarias e impregnarnos de su atmósfera mágica, hemos de comenzar interesándonos por su pasado. Y no exclusivamente por ese pasado objeto de estudio de la arqueología –del que también hablaremos– y que en Canarias mantiene aún innumerables incógnitas por resolver, sino también sobre aquel otro, si cabe algo más incierto y de carácter mitológico, que a pesar de los miles de años transcurridos sigue marcando la identidad del archipiélago. No en vano los millones de turistas que visitan cada año el cálido suelo canario en busca de sol y playas lo hacen bajo un reclamo turístico similar al que antaño le dio fama entre los escasos pueblos navegantes que osaban efectuar incursiones en el tenebroso Atlántico. El adjetivo «Afortunadas» es quizá el más utilizado por la industria turística actual, aunque otras denominaciones como «Islas de los Bienaventurados» o «Hespérides» también son usadas con cierta frecuencia para captar la atención de los potenciales visitantes, en especial los de origen europeo, al contar éstos, teóricamente, con cierta cultura que les permite conocer el origen y significado milenario de dichos apelativos mitológicos.

Por ello consideramos oportuno echar un rápido vistazo al halo mágico que envolvió a Canarias en la más remota antigüedad, un aura surgida en un contexto mítico que fue hábilmente publicitado e instrumentalizado durante siglos por algunos pueblos navegantes, con la finalidad de reservarse para su disfrute y explotación unas islas estratégicamente situadas en el Gran Océano, un lugar rodeado de mil y una bestias y habitable sola-

mente por los dioses. Un halo y unos mitos que paradójicamente contribuyeron a su descubrimiento.

Las Afortunadas, Bienaventuradas y Campos Elíseos

El mito de las Afortunadas es probablemente el más popular de cuantos han sido asociados a las islas Canarias, aunque no por ello el más antiguo. Se usa con frecuencia y de forma indistinta junto a los de «Campos Elíseos» e «Islas de los Bienaventurados», denominaciones que explicaremos en este mismo apartado, ya que están íntimamente relacionadas. En todos los casos, tal y como afirma el catedrático y especialista en mitología griega Marcos Martínez, dichos términos definían en la antigüedad el lugar en el que moraban los dioses, algunos héroes e incluso las almas tras la muerte, aunque en el caso concreto de las «Afortunadas», frente al de «Bienaventurados» y «Campos Elíseos», estemos también ante un término que refleja de forma más concreta peculiaridades geográficas de la zona descrita.

«Afortunadas» y «bienaventuradas» son traducciones aproximadas de la expresión griega *makáron nesoi*, equivalente también a «islas de los felices» e incluso «de los dioses». Dicha denominación dio lugar al término «Macaronesia», con el que actualmente se denomina al cuerpo formado por los archipiélagos de Canarias, Azores, islas Salvajes y Cabo Verde, que comparten un ecosistema similar y conforman una unidad biogeográfica única en el mundo. Y es precisamente por ese ecosistema, caracterizado por una profusa vegetación y un clima benigno, por el que esa morada de los dioses que en un principio pertenecía al reino de lo intangible fue poco a poco asociándose, tras muchos siglos de existencia, con un lugar geográfico más o menos concreto. De alguna forma es como si el mito cristalizase bajo la forma de estas islas. Sin embargo, aunque podemos estar seguros de que los autores clásicos, al citar a las islas Afortunadas o a las Bienaventuradas, las identificaban con alguna de las islas macaronésicas, resulta muy difícil concretar a qué archipiélago se refieren.

«Bienaventurados», por su parte, es un término con cierta connotación religiosa, al igual que «Campos Elíseos», y ambos están íntimamente relacionados en la medida en la que estos últimos son descritos como una llanura o enorme jardín situado dentro de las ínsulas bienaventuradas. En cuanto al adjetivo «Afortunadas», se utiliza en la mayoría de los textos antiguos para expresar los aspectos físicos y geográficos de las islas, e incluso en referencia a la variada producción de sus tierras. Con los dos primeros se hacía alusión a la morada de los dioses, a un lugar maravilloso de felicidad absoluta, al que, como ya indicamos, iban a residir, entre otros, héroes de la guerra troyana, dioses, figuras legendarias, almas e incluso personajes históricos.

Homero nos ofrece la primera referencia a los Campos Elíseos en la *Odisea*:

Respecto a ti, Menelao, vástago de Zeus, no está determinado por los dioses que mueras en Argos, criadora de caballos, enfrentándote con tu destino, sino que los inmortales te enviarán a los Campos Elíseos, al extremo de la tierra, donde está el rubio Radamantis. Allí la vida de los hombres es más cómoda, no hay nevadas y el invierno no es largo; tampoco hay lluvias, sino que Océano deja siempre paso a los soplos de Céfito que sopla sonoramente para refrescar a los hombres.
(Homero, *Odisea*, IV, 561-569; trad. de J. L. Calvo)

Curiosamente, estamos ante un personaje, Menelao, que recibe el premio de ser llevado por los dioses, sin haber muerto, a su morada en los Campos Elíseos, situación que podría interpretarse hoy en día como una auténtica y algo prematura abducción, un episodio de premio y viaje a otro mundo similar a los descritos en algunos textos sagrados con otros personajes.

Como vemos, el texto anterior no ofrece datos concretos sobre la ubicación del lugar, aunque con el paso del tiempo nuevos autores irán proporcionando algunas reseñas que poco a poco servirán para ir trazando un mapa que si bien continúa siendo imaginario, comienza también a concretar de una forma más palpable la situación geográfica de dichos lugares míticos. Plutarco es uno de esos autores, el primero además en acercar esos

mitos a Canarias, al comentar en uno de sus escritos un viaje a Mauritania del pretor romano Sertorio:

Diéronle allí noticias unos marineros, con quienes habló de ciertas islas del Atlántico, de las que entonces venían. Estas son dos, separadas por un breve estrecho, las cuales distan de Libia diez mil estadios, y se llaman de los Afortunados. Las lluvias en ellas son moderadas y raras, pero los vientos, apacibles y provistos de rocío, hacen que aquella tierra, muelle y crasa, no sólo se preste al arado y a las plantaciones, sino que espontáneamente produzca frutos que por su abundancia y buen sabor basten a alimentar sin trabajo y afán aquel pueblo descansado. Un aire sano, por el que las estaciones casi se confunden, sin que haya sensibles mudanzas, es el que reina en aquellas islas [...], de manera que hasta entre aquellos bárbaros es opinión, que corre muy válida, haber estado allí los Campos Elíseos, aquella mansión de los bienaventurados que tanto celebró Homero. (Plutarco, Sertorio, 8)

La historia y la leyenda, más la segunda que la primera, quisieron que paradójicamente Sertorio se *retirara* tras su muerte a los Campos Elíseos, según quedó grabado en uno de sus epitafios.

Por otra parte, es a Isidoro de Sevilla a quien debemos una de las más conocidas reseñas clásicas relativas a las islas Afortunadas, escrita en el siglo VII, donde queda claro que dicha denominación se va irreversiblemente asociando a características bastante más físicas que en el pasado, en las que destacan principalmente las virtudes de la naturaleza, tal y como indicábamos más arriba:

Las Islas Afortunadas nos están indicando, con sus nombres, que producen toda clase de bienes; es como si se las considerara a felices y dichosas por la abundancia de sus frutos. De manera espontánea producen frutos los más preciados árboles; las cimas de las colinas se cubren de vides sin necesidad de plantarlas; en lugar de hierbas, nacen por doquier mieses y legumbres. De ahí el error de los gentiles y de los poetas paganos, según los cuales, por la fecundidad del suelo, aquellas islas eran el paraíso. Están situadas en el

océano, en frente y a la izquierda de Mauritania, cercanas al occidente de la misma, y separadas ambas por mar.

Aun a riesgo de aburrir al lector con largas citas, cabe incluir una última reseña como complemento a las anteriores. En esta ocasión se trata de un autor árabe del siglo XI, al-Bakri, quien también parece algo más interesado en la productividad y fertilidad de la tierra que en su posible relación con la morada de dioses, almas o héroes:

En el Océano, frente a Tánger y a la montaña llamada Adlent, se encuentran las islas Afortunadas, es decir, felices. Se llaman así porque sus bosques y campiñas se componen de varias clases de árboles frutales que crecen espontáneamente y que producen frutos de excelente calidad; en vez de hierbas, el suelo produce cereales, y en vez de zarzas con espinas, se encuentran toda suerte de plantas aromáticas. Estas islas, situadas al oeste del país de los bereberes, están desperdigadas por el Océano, pero no muy distantes unas de otras.

Si el lector desea profundizar en el estudio de los mitos citados, y descubrir las sutilezas y particularidades de cada uno, incluidos los mensajes morales y las diversas ubicaciones geográficas ofrecidas por los autores clásicos, puede recurrir al autor antes citado, Marcos Martínez, y a su obra *Canarias en la mitología*.

Las Hespérides, el jardín astrológico

Otro de los mitos asociados desde la más remota antigüedad con las islas Canarias es el Jardín de las Hespérides, legendario lugar cuya denominación continúa aplicándose al archipiélago hoy en día, en campañas turísticas, poemas, canciones e incluso productos comerciales. Es por ello por lo que también hemos estimado oportuno que el lector conozca algunos detalles básicos sobre el nacimiento del mito y su relación con Canarias. Aunque cabe equivocarnos, estimamos que sin una mínima perspectiva mitológica resulta difícil comprender la atmósfera mágica que rodea a las islas.

El Jardín de las Hespérides forma parte de la mitología griega y está ligado a la figura de Heracles o Hércules, cuya dualidad como dios y héroe lo convierte en uno de los personajes más atractivos del Olimpo, digno de continuar siendo inmortalizado por el cine y la televisión. La complejidad de los mitos griegos y latinos, con sus variados parentescos y las diferentes versiones acerca de la vida y milagros de un mismo personaje, ofrecida por toda una pléyade de autores, alcanza su máximo exponente en la figura de Hércules. Reconstruir en pocas líneas la vida de un personaje tan rico en matices es una tarea digna de titanes, justo lo contrario de quien les escribe, por lo que apenas daremos algunos apuntes biográficos sobre el tema, arriesgándonos a pasar superficialmente sobre él.

Hijo de Zeus y de la humana Alcmena, la vida de Heracles está marcada por hechos prodigiosos, hasta que se casa con Megara, hija del rey de Tebas, con quien tiene varios hijos, a los que en un ataque de locura da muerte. El castigo le es impuesto por su primo Euristeo, personaje que recibió el honor de ser soberano de los hombres en lugar de Hércules, a consecuencia del rechazo que nuestro protagonista sufre por parte de la diosa Hera, esposa de Zeus.

Dicho castigo consiste en la realización de diversas pruebas conocidas como los «Doce Trabajos de Hércules», de los que se conservan varias versiones e infinidad de interpretaciones, incluida la astrológica: un trabajo por cada uno de los doce signos zodiacales. Luego nos ocuparemos de ella.

El mito de las Hespérides correspondería al trabajo número once o doce, según los autores, y está para algunos estudiosos indiscutiblemente ligado de forma simbólica a Canarias, con independencia de la existencia real o no del legendario jardín. Básicamente, en este trabajo Hércules debía ir al Jardín de las Hespérides, donde las hijas de Hespero –en algunas versiones, de Atlas– custodiaban las manzanas de oro, que, una vez conseguidas nuestro héroe entregaría a Euristeo.

Tras varias peripecias, como partir una montaña en dos para pasar y crear el Estrecho de Gibraltar, también conocido como Columnas de Hércules, nuestro héroe consigue los preciados fru-

tos, en unas versiones luchando directamente con un dragón de múltiples cabezas y en otras a través de Atlas, el famoso titán que sostiene el mundo, soberano de la Atlántida y los Océanos. Una vez conseguidas, las manzanas fueron nuevamente devueltas al Jardín de las Hespérides, ubicado en algunas versiones en un grupo de islas frente a las costas atlánticas del continente africano, islas que el tiempo y la imaginación de los autores terminaron identificando con Canarias.

Esta relación –arbitraria, para muchos– con el archipiélago se reforzó poco después de la conquista de las islas. Al igual que los Campos Elíseos y las Afortunadas, a las Hespérides se las suponía en el océano, pasando el estrecho más allá de las Columnas de Hércules. Cada «hespéride» sería una isla –en la mitología, las hijas de Hespero eran tres, siete e incluso doce–, asociando el paradisiaco jardín con las benignas condiciones climatológicas y el prodigioso estado de la naturaleza isleña. En el afán por ligar el mito a Canarias, algunos autores lo tuvieron bastante claro: la exuberancia que en el añorado pasado ofrecía el tinerfeño valle de La Orotava encajaba con el mítico jardín; el dragón o serpiente de múltiples cabezas al que se enfrenta Hércules no podía ser otro que el árbol drago, cuya savia roja ha sido conocida como sangre de dragón; Atlas, rey de la Atlántida, que además sostiene la bóveda celeste y la separa de la tierra, no tiene mejor candidato que el Teide.

En cuanto al problema de las manzanas de oro, que también podían haber sido ovejas, dependiendo de la traducción del término original, en las islas, donde no había manzanas, ovejas ni oro, se solventa asociándolo con nísperos o cualquier otro fruto de color amarillento que creciera espontáneamente.

Volviendo a la figura del drago y como dato complementario al interés y curiosidad que este árbol despertó desde un primer momento, cabe señalar que en una de las obras de arte más famosas y singulares de todos los tiempos, *El jardín de las Delicias*, de El Bosco, aparece un drago pintado en la parte izquierda del tríptico, la correspondiente a la recreación del Paraíso. Según escribe Joaquín Yarza, catedrático de Historia del Arte y autor del libro *El Jardín de las Delicias de El Bosco*, refiriéndose a la

representación del Paraíso, «dos árboles poseen cierta individualidad. El de arriba, a la derecha, es el del Bien y del Mal, porque enrollada a un tronco se distingue la serpiente tentadora. El otro es un drago, especie en ese momento exótica, procedente de Canarias. Se identifica con el Árbol de la Vida».

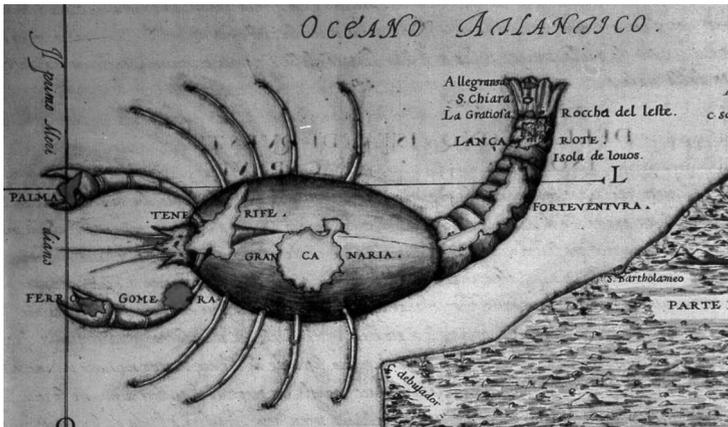
El cuadro fue pintado a principios del siglo XVI, época en la que la conquista ya había finalizado y las noticias maravillosas sobre Canarias se extendían por Europa, al igual que la identificación del archipiélago con las Hespérides. Es fascinante pensar que esa especie fuese vista como el árbol bíblico de la vida por el autor de tan fascinante obra.



El Bosco representó en su *Jardín de las Delicias* un árbol drago en la parte correspondiente al Paraíso.

La visión astrológica

Desde el punto de vista astrológico, con independencia de nuestra afinidad o animadversión por la astrología, los trabajos de Hércules son un recorrido por el Zodíaco, una superación paulatina de obstáculos hacia la totalidad en la cual las manzanas de oro, que fueron un regalo de Gea a Zeus por su matrimonio con Hera, representan el conocimiento de sí mismo. Una suerte de iniciación rica en elementos arquetípicos, en opinión de los entendidos.



Mapa de Canarias con el signo de Cáncer marcando astrológicamente a las islas.

Según interpretaciones modernas, el episodio de las manzanas de oro simboliza la inmortalidad, el último paso de Hércules para llegar al Olimpo, el renacimiento, una vez conseguido el conocimiento, a través de los frutos del Árbol de la Vida. De ahí que en astrología este trabajo de las manzanas y el Jardín de las Hespérides se vincule principalmente con el signo de Escorpio, regido por Plutón, el planeta de la muerte y la resurrección, de lo oculto. Curiosamente, el conocido astrólogo y escritor Vicente Cassanya, especialista en astrología mundial, asegura que las Canarias, por su condición volcánica, son unas islas escorpianas, regidas por Plutón. Esta correlación anecdótica es cuando menos interesante, más aún si tenemos en cuenta que el titán Atlas, asociado como hemos visto al Teide, pasa por ser el padre de la astronomía y el creador de la esfera que representa la bóveda celeste, mientras que las Hespérides, desde el Renacimiento, fueron vistas como estrellas que, nacidas por occidente y brillando como el oro, daban forma a un dragón celeste: el zodiaco.

Por último, y siguiendo el mágico hilo de los arquetipos astrológicos, cabe incluir una reseña que sin duda el lector interesado en astrología agradecerá, y que además le ayudará, a éste y al resto, a entender un curioso mapa de las islas que a buen seguro encontrará reproducido en más de un lugar, aunque nada tenga que ver en nuestra opinión con el mito de las Hespérides.

La reseña es en realidad un plano en el que se nos muestra la relación astrológica que en el siglo xvi se establecía entre las islas Canarias y el signo de Cáncer. Corresponde a un mapa elaborado en el año 1588 por el ingeniero militar Leonardo Torriani, quien fue enviado a las islas en 1584 nada más y nada menos que por Felipe II, quien posiblemente no sólo le encargó el estudio de las fortificaciones de Canarias –incluida la de San Borondón–, sino también el análisis de sus aspectos esotéricos, que tanto interesaban al histórico monarca. El mapa, que presenta a las islas con el signo astrológico de Cáncer superpuesto, va acompañado del siguiente texto:

Se extiende hacia poniente 350 millas, y 170 del Sur al Norte, formando el signo del Cáncer, vuelto hacia donde se pone el sol, tiene en la pinza derecha Palma, en la izquierda Ferro, en el codo (pero un poco hacia fuera) Gomera. En la cabeza tiene a Tenerife, la cual, con dos puertos y con una punta, casi forma la boca y los ojos; y en el vientre tiene a Gran Canaria. Después volviendo la cola hacia el Septentrión de manera que sesgadamente sigue la costa del África, tiene la larga isla de Forteventura, la Isola de Lovos, Lançarote y al final a las tres menores, La Gratiosa, S. Chiara, y Allegransa.

La lógica se impone a la hora de pensar que Torriani tenía conocimientos astrológicos, o que los adquirió como condición imprescindible para trabajar bajo las órdenes de Felipe II, monarca que por cierto adquirió para El Escorial la obra *El jardín de las Delicias*, de El Bosco, donde como ya vimos aparece una de las primeras representaciones del drago...

A modo de conclusión, los más aficionados a la astrología, y en general los amantes de los recuerdos originales heterodoxos, tienen en su visita a Tenerife al menos dos enclaves que no pueden dejar de visitar y en los que es palpable la impronta astrológica. Por un lado, un auténtico «barrio» zodiacal o astral en El Coromoto, en La Laguna, donde se puede encontrar calles dedicadas a los signos del zodiaco, a planetas como Saturno, Marte, Venus e incluso Plutón, a estrellas como Antares o a constelaciones tan notables como Andrómeda, Orión o la Osa Mayor. Detrás de estos nombres tenemos un claro homenaje al cielo y a sus

referentes culturales más distintivos, localizados en las inmediaciones del Museo de la Ciencia y del Cosmos y del Instituto de Astrofísica de Canarias, este último situado, como no podía ser de otra manera, en la calle Vía Láctea.

El segundo punto a visitar se encuentra en pleno corazón de la ciudad de Santa Cruz de Tenerife, donde hallamos una pequeña y moderna plaza dotada de una original fuente de cilindros dispuestos en forma vertical. Está ubicada junto al célebre parque García Sanabria, un referente de la ciudad y del turismo. Lo que convierte en singular este rincón, que suele pasar por completo desapercibido y que fue diseñado por el artista grancanario Pepe Dámaso, es que se trata de una plaza zodiacal, una auténtica carta astral en la que aparecen representados los planetas en forma de los mencionados cilindros en un zodíaco principal, junto a las casas zodiacales, en un círculo anexo. Se completa la composición con un poema del genio luso Fernando Pessoa que habla de la ciudad, escrito por un personaje que, todo sea dicho, coqueteó con el hermetismo. Tal y como nos confió el artista, la plaza está inspirada en los horóscopos que trazó el gran poeta. Una pequeña muestra de la presencia de la cultura astrológica y astronómica en nuestra vida cotidiana y una buena excusa para hacernos una foto junto a ellos.



Plaza astrológica conocida como de Fernando Pessoa.

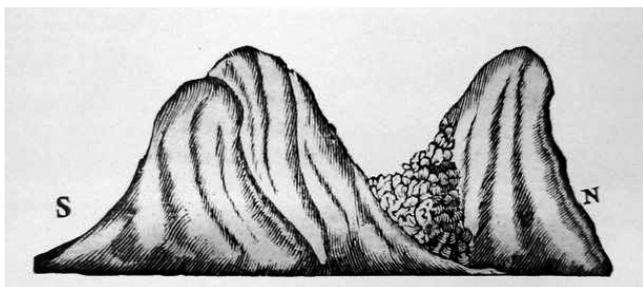
San Borondón, la isla fantasma

Este breve repaso por los aspectos míticos de Canarias, que nos está permitiendo aproximarnos levemente a la visión que sobre estas islas se tenía en el pasado, debe finalizar abordando uno de los enigmas más queridos y conocidos del archipiélago: el de San Borondón, la isla fantasma.

Y hemos estimado oportuno que sea este misterio el que ponga punto y final a un capítulo de mitos y leyendas, por situarse a nuestro modesto juicio en el límite o frontera entre ambos mundos, el de la realidad tangible, física y racionalmente disecionable, y el de lo intangible, parafísico y racionalmente desestabilizador.

San Borondón es para todos los canarios una realidad cultural, una indiscutible seña de identidad, un espacio con existencia real aunque generalmente inalcanzable que desde *el otro lado*, tras un velo de nube, horizonte y mar, acompaña al resto de ínsulas del archipiélago.

Hoy en día sería descabellado afirmar que San Borondón es una realidad física. A pesar de haber sido cartografiada en innumerables ocasiones, de dibujarse su perfil, de transcribirse una y otra vez sus medidas y accidentes geográficos, de dejarse ver e incluso ocasionalmente pisar y fotografiar, San Borondón no parece pertenecer a este mundo tridimensional en el que nos desenvolvemos.



Silueta de la isla realizada por el historiador tinerfeño Viera y Clavijo.

Ello no parece haber sido obstáculo para que hasta diez expediciones salieran en su búsqueda, la primera bien documentada en 1486, capitaneada por el portugués Fernão Dulmo. En 1519, el regidor de La Palma, Francisco Fernández de Lugo, salió en busca de la isla como parte de una peculiar historia de la que merece la pena ocuparse con algo más de detalle cuando terminemos la presente relación. Cuarenta años después de la expedición de Dulmo, en 1526, fueron Fernando de Troya y Fernando Álvarez, vecinos de Gran Canaria, quienes salieron nuevamente en su búsqueda sin ningún resultado, lo que no desanimó a nuevos exploradores, que emprendieron expediciones hacia la isla en los años 1556 (expedición de Roque Nunes y Martín de Araña), 1569 (expedición del regidor de La Palma, Fernando Villalobos) y 1570, año en el que se recopilaron numerosos testimonios gracias a Hernán Pérez de Gando. Ese año partió con tres navíos el por entonces regidor y depositario general de La Palma, Fernando de Villalobos. Ni a él, ni a la pareja formada por Gaspar Pérez de Acosta y fray Lorenzo de Pinedo, consumados marineros y artífices de una nueva expedición en el año 1604, les sonrió la fortuna.

La penúltima de las expediciones conocidas la protagonizó en 1721 el Capitán General de Canarias, Juan Mur y Aguirre, quien, motivado por la aparición de nuevos y abundantes testimonios oculares aquel mismo año desde las islas de El Hierro y La Palma, así como por la recogida de frutas extrañas, ramas e incluso árboles enteros en las costas herreñas y de La Gomera, procedentes según la creencia popular de San Borondón, decidió poner al frente de la nueva aventura al capitán Gaspar Domínguez y a los frailes franciscanos Pedro Conde y Francisco del Cristo. Con su fracaso se cerró una larga lista de expediciones infructuosas que en poco o nada mermaron la certeza popular sobre la existencia real de la cada vez más enigmática tierra de San Borondón. Sin ir más lejos, tan sólo unos años después, en 1730, las observaciones se multiplicaron, en especial en los meses de abril y junio desde La Palma y El Hierro. Es precisamente en 1732 cuando encontramos la última de las expediciones registradas, conducida también por el ya mentado Gaspar Domín-

guez. Es posible no obstante que a estas expediciones debamos añadir al menos una más, la que de haberse consumado hubiera dotado a la isla fantasma de su propio Capitán General.

Volvamos ahora con Francisco Fernández de Lugo, regidor de La Palma y Tenerife. Nuestro personaje viajó en 1519 a la Cámara de Castilla para negociar unas capitulaciones según las cuales se comprometía a buscar a la isla de San Brandán, armando tres navíos a su costa con el fin de «arar la mar por espacio de un año, si fuere menester, hasta la hallar». Tal y como explica el historiador Alejandro Cioranescu, De Lugo «pide en cambio el título de capitán general de la conquista; después de la misma, el gobierno perpetuo de la isla, con salario y título anexo de alguacil mayor, como en Gran Canaria; el diez por ciento del oro y plata y del producto de las correrías; el derecho de repartir tierras, reservando para sí las tierras equivalentes a dos ingenios de azúcar; una abadía de patronato real, a fundar para su hijo; y el derecho de nombrar regidores y escribanos». Tiempo después, el Conquistador de San Borondón se dirigió nuevamente a la Corte con el fin de confirmar sus privilegios, dado que «marineros a quien él les fue encomendado y pagando para que la busquen, habían hallado ya la isla, la tienen marcada y le darán aviso dónde está». Obviamente, la historia fue muy diferente, ya que la isla nunca apareció, lo que no impidió que otros personajes, como Alonso Luis Fernández de Lugo, Tercer Adelantado de las islas, pidiera para sí el citado título hacia el año 1534, tal y como acertadamente ha investigado la catedrática palmera Emelina Martín Acosta.

Al lector interesado no le resultará nada difícil hacerse con más información sobre la isla de San Borondón, acerca de la cual existe abundante bibliografía. Personalmente también le hemos dedicado un amplio capítulo en otra obra nuestra, *Canarias misteriosa*, razón por la que evitaremos extendernos más de lo necesario brindando así más espacio en esta guía a otros aspectos menos conocidos. La isla de San Borondón, San Brandán, La Encubierta y otras denominaciones que ha recibido, es una tierra que antaño se situaba en la zona más occidental del archipiélago, entre las islas de La Palma, La Gomera y El Hierro. Hasta bien

entrado el siglo XVIII se pensó en su existencia real, como una isla más que caprichosamente se resistía a ser descubierta. Descrita como alargada, con dos grandes sistemas montañosos en los extremos y una gran depresión o valle en su centro, su perfil se dejaba ver en innumerables ocasiones sobre el horizonte, con cielo despejado la mayoría de las veces, y con una claridad tan desconcertante que en ocasiones era posible ver en detalle su vegetación, las nubes cubriendo sus montañas y las olas rompiendo en sus playas. Sus observaciones eran frecuentes desde la isla de La Palma, desde Fuencaliente a Garafía, aunque existen casos recientes de avistamientos desde Santa Cruz de La Palma. También desde diversos enclaves de La Gomera, y de una forma muy especial desde la isla de El Hierro, San Borondón ganó notoriedad durante siglos, tejiéndose en torno a ella, y ante la falta de evidencias físicas concluyentes la leyenda de que se trataba de una tierra inaccesible, encantada, que sólo podía ser vista en determinados momentos, como el amanecer del día de San Juan, o bien en un futuro impreciso, en el que emergerá para siempre previo hundimiento de una de las otras siete islas del archipiélago que ahora están sobre la superficie.

En agosto de 1958, el periódico *ABC* publicó en portada la que se considera la primera foto de San Borondón. El autor de la imagen fue Manuel Rodríguez Quintero, vecino de los Llanos de Aridane, en La Palma, quien junto a otras personas pudo observar al suroeste de La Palma la aparición durante horas de la isla fantasma, concretamente desde el caserío conocido como San Borondón, plasmándola en una imagen vaga y poco clara que perpetuaría aún más su misterio. El tiempo ha pasado, y hoy disponemos de algunas imágenes adicionales de la isla, igual de indefinidas, tomadas mediante cámaras digitales y teléfonos móviles.

Uno de los cronistas de los primeros tiempos históricos de Canarias fue Juan de Abréu Galindo, un fraile que fue muy preciso en la localización de esta tierra y en sus dimensiones, a saber: 87 leguas de largo por 28 leguas de ancho, y una situación de 10°10 minutos de longitud y a 29° 30 minutos de latitud, y se ubica a cien leguas de El Hierro y a cuarenta de La Palma.

Sus formas han sido trazadas en mapas tan famosos como el de Pizzigano de 1367 o el de Toscanelli de 1476, y hasta pareció divisarse en los viajes de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo. Sin embargo, a pesar de todo ello, de que incluso se afirmara ya en épocas recientes que San Borondón era una base de ovnis, o parte de la Atlántida, la isla sigue sin aparecer. ¿Cuál es por tanto la solución al misterio? La lógica nos dice que no es real y que es otra historia mágica, un mito en la línea de los antiguos relatos sobre tierras especiales, vestigios del paraíso muy en la línea de los que vimos en páginas precedentes. ¿Cómo explicar entonces los cientos de testimonios que motivaron que fuera incluida en mapamundis o salieran expediciones en su búsqueda? Al parecer, todo se debería a un fenómeno óptico, uno de esos espejismos tan frecuentes que parecen afectar a los hombres de la mar y a aquellos que se hayan aislado durante mucho tiempo, provocado por una proyección de la sombra del Teide o de la isla de La Palma. Eso es al menos lo único que a fecha de hoy, y desde un punto de vista científico, se puede decir para explicar el misterio, por muy simple y cogido con pinzas que pueda parecernos. Obviamente, podemos pensar en dimensiones paralelas, en un mundo invisible que coexiste junto al nuestro y que de vez en cuando se *conecta* a nuestra realidad, dejándonos contemplar la suya. Pero, indiscutiblemente, a cualquier con un poco de sentido común esta idea debe pacerle inconcebible. Y quizá lo sea. Curiosamente, y como dato anecdótico, cabe señalar que en torno a la zona en la que tradicionalmente se ubica a San Borondón, existe a poco más de cien metros de profundidad un pequeño islote que hace unos diez mil años bien pudo estar sobre la superficie. Por lo menos es curioso y abre varias posibilidades más para la especulación.

No obstante, cabe hacernos al menos una última pregunta: ¿por qué el nombre de San Borondón? Es difícil saberlo, ya que, aunque conocemos en detalle quién fue el personaje que cedió su nombre a la isla que aparece y desaparece misteriosamente, ignoramos cómo terminó dándole nombre a la misma.

Brandán de Clonfert fue un monje irlandés nacido en el año 484 en el condado de Kerry, acerca del cual se cuentan todo tipo

de historias fabulosas. Varias versiones de su vida, especialmente de sus viajes evangelizadores, fueron libros de gran difusión en la Edad Media, y recibió el sobrenombre de *El Navegante*. Algunos expertos opinan que San Brandán fue uno de los últimos herederos de la auténtica tradición y conocimiento de los druidas, de ahí que los maravillosos relatos que envuelven su vida –y que parecen escritos siguiendo la tradición de los cuentos orientales del estilo de *Las mil y una noches*– alberguen claves esotéricas e iniciáticas que esperan a ser desveladas.

El caso es que Brandán, después de escuchar hablar a otro monje de nombre Barinto acerca de una tierra maravillosa, un paraíso terrenal, decidió salir en su búsqueda junto a un grupo de monjes, pasando todo tipo de peripecias y alcanzando un grupo de islas, en una de las cuales, que terminó siendo una gran ballena, celebraron misa en varias ocasiones. El caso es que para algunos expertos el relato, novelado y enriquecido con «efectos especiales», describe la llegada del monje a unas islas reales, las Canarias, siendo la isla ballena que se mueve la misteriosa isla que hoy conocemos como San Borondón. ¿Explica esto el misterio? Posiblemente no, ya que, aunque el relato existe y el fenómeno de la isla avistada también, la forma de unirlos a los dos no es del todo convincente, lo que nos lleva a pensar que los nuevos estudios deberían dirigirse en esa dirección. Al lector que quiera ampliar detalles sobre la leyenda de San Brandán le recomendamos las obras del profesor Marcos Martínez, un experto en mitología clásica que ha estudiado en detalle éste y otros temas legendarios relacionados con Canarias. También recomendamos los exhaustivos trabajos sobre San Borondón elaborados por autores como Jorge Sörgel de la Rosa y Manuel Poggio Capote junto a Luis Regueira Benítez.